

convencerse de su pequeñez ante la fuerza irresistible de la ley de evolución, al repasar alguna vez los sucesos ocurridos en el mundo político desde el congreso de Verona, en que con tanta fruición se consideraba inteligencia suprema que movía á su antojo á soberanos tan cortos y míopes como su propio soberano, el czar Alejandro y el rey Federico Guillermo III de Prusia. En el Sudeste de Europa se había constituido la Grecia en Estado independiente, sin curarse del petulante canciller austriaco, que léjos de tener la sagacidad de hacer adictas y agradecidas al Austria las nacionalidades cristianas de la península balcánica, había contribuido á que se arraigase en ellas un odio inextinguible al imperio austriaco. Las constituciones orgánicas de los Estados alemanes meridionales seguían funcionando á despecho de los trabajos del canciller, cuyos protegidos absolutistas, en cambio, Carlos X de Francia, don Carlos de España, don Miguel de Portugal y Carlos de Brunswick habían sucumbido sin que el canciller hubiese podido impedirlo, y en todas partes predominaban ó pugnaban por prevalecer principios modernos diametralmente opuestos á los rancios que el canciller profesaba y defendía con toda tenacidad y astucia.

A pesar de su petulancia, no podía cerrar los ojos á la realidad y á los peligros que amenazaban á su sistema, por lo cual debió de ser grande su satisfacción al ver que la execrable monarquía de julio buscaba el apoyo del Austria absolutista y le ofrecía su concurso para combatir en todos terrenos la corriente moderna y sus principios liberales, impedir la unificación nacional de los alemanes y todo lo que se apartara de las tradiciones antiguas. Luis Felipe, mas ilustrado, pero no menos pagado de su talento é igualmente ciego, no comprendió tampoco la fuerza de la corriente intelectual moderna ni sus manifestaciones, que anunciaban tan claramente que la revolución, palpable unas veces, latente otras, no se detendría hasta haberse enseñoreado del mundo político y acabado con los residuos de otra era pasada. Mas dócil, obediente y sumiso mostrósse al canciller austriaco el rey de Prusia, que mecido en sus ensueños de romántico absolutismo y fastuosa teocracia, no había comprendido siquiera la importancia de una política nacional alemana apoyada en una inteligencia ó alianza con Inglaterra, y muy al contrario, habíase alejado de este derrotero moderno con su participación en la supresión de la república de Cracovia.

Entre tanto los observadores atentos podían percibir por el lado de Suiza y de Italia los rumores de la corriente moderna, no ya como fuego fátuo, encendido por la revolución francesa del año 1830, sino como el estruendo de un río majestuoso y todavía distante. No se oían ya solamente noticias de sensación, de conspiraciones románticas, siniestras y misteriosas contra soberanos, contra el clero y la nobleza, y á favor de una gran república italiana con Roma por capital. Estos ensueños de un puñado de hombres poéticos é ilusos, y sus tentativas aisladas y temerarias, dirigidas algunas por Mazzini desde su seguro asilo de Londres, como el desembarco de los dos hijos de Bandiera, almirante austriaco, en las costas de Calabria en el año 1844, y como la sublevación de Farini en Rímini, sofocada en 1845 tan sanguinariamente por el gobierno papal, no hicieron mas que aumentar la lista de los mártires de la libertad, obligando á los monarcas italianos á cobijarse mas estrechamente bajo las alas poderosas del Austria. Pero ya esta vez, sin iniciaciones misteriosas, había penetrado en la conciencia de la inmensa mayoría de las personas cultas y nobles de toda la península, la convicción firmísima de que para llegar á constituir una Italia unida, una sola nación italiana, grande y libre del dominio extranjero y de los defectos que siglos de esta dominación y

de opresión eclesiástica habían inoculado en el carácter nacional, era menester abandonar la molición y la sensualidad, fomentar sentimientos varoniles y propósitos nobles y grandes. Esta nueva corriente despejó el terreno de conspiraciones y produjo una nueva generación dispuesta y ardiendo en deseos de luchar, no en la oscuridad sino á la luz del sol, sin traiciones, varonilmente, con perseverancia por la regeneración moral, intelectual, material y política del pueblo italiano. Gran parte de esta misión tocó á la prensa periódica y á la literatura en general. Toscana cesó de ser un oasis liberal y literario en Italia, y sucesivamente se aumentaron los centros en que se cultivaban una brillantísima pléyade de escritores que despertó la admiración de toda la Italia; Sismondi, Pompeyo Litta, Antonio Coppi, Federico Sclopis y otros cultivaron con tanto entusiasmo como talento la historia patria, cada uno segun su punto de vista práctico. César Balbo fué el primero que trató la historia general de Italia bajo un solo punto de vista comun en su *Resúmen*, que publicó en 1845. En la poesía adquirieron celebridad Leopardi, Poerio, Tommaseo, Nicolini y el universal Máximo d'Azeglio, que recorrió toda la Italia como pintor paisajista distinguido, sin perjuicio de propagar el entusiasmo por una Italia unida y digna en sus conversaciones y en sus escritos. Una de sus obras literarias, que lleva el título de: *Casos de Romaña*, es célebre porque en ella condena sin distinción todas las conspiraciones, y con ella, puede decirse, creó el gran partido constitucional. La gran *Antología italiana*, que empezó á publicarse en 1846 en Turin, y en la cual colaboraron los escritores piemonteses mas liberales y de mas fama, tenía el propósito de ser, á la vez que un monumento del progreso científico y literario de Italia, el custodio é instrumento de propaganda del amor patrio. Otro instrumento poderosísimo de propaganda y de regeneración nacional fueron los congresos científicos que desde 1839 se han venido celebrando cada año en una ciudad distinta, y que alguien calificó con mucha razón de *conspiraciones públicas para el fomento de Italia*. Balbo dijo del congreso celebrado en 1846 en Génova, que fué «en concepto científico una verdadera farsa, pero en el político un ensayo trascendental y en realidad el primer parlamento político italiano.»

Lo mas sorprendente de este movimiento nacional, ensanchado y asociado al cultivo de las letras, es que no participó ya del odio á la Iglesia católica y á su cabeza el papa, que habían alimentado las sociedades conspiradoras secretas. Ya Manzoni, en tiempo de la restauración, había abierto la marcha de los literatos entusiastas por la religión. César Cantú escribió su *Historia universal* desde el punto de vista católico; Silvio Pellico regresó de la fortaleza de Spielberg tan buen católico como había ido; el idealismo de Tommaseo es religioso, y á Vicente Gioberti puede llamarse sin exageración el profeta del nuevo güelfismo. Quería Gioberti crear la nueva Italia por medio de la alianza estrecha de la libertad y del patriotismo con la religión y la Iglesia. Habiendo empezado por ser adepto de Mazzini, por cuya razón tuvo que emigrar del Piemonte en 1833 para librarse de las persecuciones del gobierno, habíase dedicado en París y Bruselas á estudios históricos y filosóficos, y convertido, bajo la influencia y el ejemplo de Lamennais y O'Connell al sistema de progreso legal y pacífico. Su patriotismo exaltado hoy nos hace sonreír, como su ideal político, que expuso en su obra publicada en 1843: *Primado moral y civil de los italianos*, en la cual parte del principio de que el pueblo italiano es la primera nación de Europa, y dice que al papa corresponde ser el árbitro religioso y civil supremo de toda la humanidad, y que Roma es á la vez capital de la religión católica y centro

civil político del mundo civilizado. En su opinión, los soberanos de Italia debían formar una confederación presidida por el papa, incumbiendo la protección de este, la de la unidad, libertad é independencia de Italia, al rey del Piemonte. Al año siguiente dió Balbo á luz sus: *Esperanzas de Italia*, que aprobando la idea política de Gioberti pidió para su realización, como base fundamental, la previa independencia del extranjero, es decir, del Austria. Esto ya dió al movimiento patriótico-nacional la dirección única verdadera para llegar á la unificación y regeneración políticas de Italia. Los jesuitas lo comprendieron así, y como semejante cosa no cuadraba á sus cálculos, atacaron al autor con toda clase de armas, y eso que disponen de todas; pero Balbo contestó con otra obra: *El jesuita moderno*, en la cual atribuyó á esta sociedad la espantosa decadencia á que había llegado el pueblo italiano bajo cualquier concepto que se le mirase.

Estas tres últimas obras produjeron un efecto inmenso, bien que respecto de la de Gioberti se necesitaba para participar de su ideal político una fe ciega en vista del estado aflitivo, moral y material de los pueblos gobernados por el clero á nombre de San Pedro. En efecto, segun Bersezio (1), eran tan desconocidas en los Estados de la Iglesia la libertad y la justicia como la inteligencia y la moral. El gobierno estaba en manos de una casta egoísta, insaciable y venal que abrumaba á las clases bajas bajo el peso de impuestos imposibles de satisfacer. La aristocracia era orgullosa, indolente y derrochadora; el clero, exento de contribuciones, perezoso, ignorante, codicioso de bienes y honores mundanos y eclesiásticos, sin religión é hipocresía, dueño absoluto de las mujeres; el pueblo, una plebe contagiada de todos los vicios del clero, manteniéndose de las sopas de los conventos, de las limosnas y de lo que ganaba sirviendo á los preladados; la administración de la justicia era la vetusta de la Edad media; la inquisición disponía de vidas y haciendas; la fuerza armada se componía de extranjeros y de la hez del pueblo, siendo su destino principal el exterminio de los liberales, con cuyos bienes se indemnizaba la tropa de sus servicios; los estudios estaban abandonados, los hombres de ciencia despreciados, la prensa amordazada y perseguida como obra del demonio, y la enseñanza en manos de los jesuitas, los cuales eran tan poderosos que todavía en 1846 pudieron arrebatar públicamente á sus padres un niño judío de apellido Mortara, con el pretexto de que la criada de la familia lo había bautizado secretamente. Todas las reclamaciones de los padres fueron inútiles, su hijo fué educado por los jesuitas para sacerdote católico.

El 1.º de junio de 1846 murió el papa Gregorio XVI; seis dias despues, el cónclave eligió su sucesor, que no fué Lambruschini, el candidato del Austria y del partido sanfedista, que en la primera votación había obtenido mayoría de votos, sino el candidato del gobierno francés el conde Mastai Ferretti, obispo de Imola, que á la sazón solo tenía 54 años de edad y adoptó como sumo pontífice el nombre de Pio IX. Sus primeros actos confirmaron la fama de liberal que le había precedido. En lugar de un solo ministro principal, ó cardenal secretario, que hasta entonces había tenido á su cargo la dirección suprema de los negocios interiores y exteriores, nombró una comisión compuesta de seis cardenales. El 16 de julio concedió una amnistía general, y á esta prueba de magnanimidad y tolerancia liberal, desconocidas de la Roma papal, siguieron disposiciones preliminares para la creación de un gobierno secular y de un consejo municipal para la ciudad de Roma. Entonces no conoció límites el

(1) Véase su obra: *Il regno di Vittorio Emanuele II. Trent'anni di vita italiana*, 1879, tomo primero.

júbilo del pueblo italiano, Italia había encontrado el papa ideal de Gioberti, la idea de Lamennais se había realizado, y el padre Ventura, privado de Pio IX, proclamó hasta desde el púlpito la alianza del clero con la democracia.

La fama del sumo pontífice liberal se extendió hasta los confines del cristianismo, conmoviendo todos los corazones, y en primer término el de Carlos Alberto, rey del Piemonte, al cual Gioberti había destinado el papel de protector del papa, papel que no podía menos de admitir en vista del clamoreo con que de todas partes de Italia se le asediaba para que aceptara y cumpliera tan honrosa y patriótica misión. Las impresiones mas contradictorias luchaban en su alma: la experiencia triste de su juventud, su índole mística y hasta ascética-monacal, las tradiciones de su casa, la influencia de los liberales, su deseo de ser el libertador de la patria italiana, todo esto junto le predisponía á favor de la misión patriótica, cuando la ruda insolencia del gobierno de Viena acabó con su indecisión y le hizo aceptar la representación de los intereses italianos. Hasta entonces el gobierno de Viena había considerado al rey de Cerdeña como un satélite humilde del imperio, y quedó de consiguiente muy indignado cuando vió que se emancipaba hasta atreverse á protestar contra el tránsito libre de la sal desde el puerto de Génova hasta el Tesino como contrario á los tratados existentes. El gobierno imperial castigó esta presunción elevando á mas del doble el derecho de los vinos piemonteses á su entrada en el imperio; pero cuando el ministro Della Torre preguntó espantado al rey qué haría si en lugar de ser amigo se volviese enemigo del Austria, contestó Carlos Alberto: «Si el Piemonte pierde al Austria, ganará la Italia, y entonces la Italia obrará por sí.» (*L'Italia farà da se*). Por insignificante que fuese esta resistencia al Austria, produjo una agitación increíble. El pueblo entusiasmado quiso hacer una ovación al rey, pero este, que todavía vacilaba en provocar abiertamente al imperio, cuyo brazo pesado conocía por experiencia, esquivó la demostración popular. El gobierno de Viena no perdió ocasión alguna de hacer sentir al rey su enemistad; en la cuestión de ferro-carriles prescindió de los intereses materiales del Piemonte, y cuando el gobierno piemontés estuvo á punto de arreglar la cuestión con el clero, al cual pretendía hacer contribuir como los demás súbditos, el gobierno de Viena trabajó cerca del papa para que este negara al arreglo su consentimiento.

Mayor disgusto que la actitud del rey de Cerdeña causó en Viena la elección del nuevo papa anti-austriaco, si bien Pio IX ninguna semejanza tenía con el retrato que la fama había hecho de él. Bondadoso y accesible á la vanidad, como también un poco al patriotismo italiano, recreóse en los primeros dias de su pontificado en verse idolatrado por el pueblo; pero su encíclica primera, firmada el 3 de noviembre de 1846, no dejó ya la menor duda á quien quería saberlo, de que Pio IX estaba tan ajeno como su predecesor de toda idea moderna, porque en este documento condenó, enteramente como Gregorio XVI, todo progreso como arma engañadora de Satanás, llamando á todos los partidarios del progreso, seductores y agitadores del pueblo, enemigos de la sociedad y de la religión. ¿Cómo podía ser el reaccionario eclesiástico, liberal en política? La verdad es que á las pocas semanas estaba Pio IX harto de su papel liberal, y si accedió á la instalación de un consejo de Estado que presidido por el cardenal Antonelli debía proceder al arreglo de la hacienda, si nombró un consejo de ministros y aflojó el rigor de la censura, y si llegó hasta autorizar la creación de una guardia nacional, no fué ni por convicción ni por bondad sino por la impotencia en que se hallaba de resistir al clamoreo general. Indignado rechazó, en su alocución del 14 de diciembre

de 1847, la idea de Mazzini de ponerse á la cabeza del movimiento nacional para evitar que este se extraviara y saliese de un prudente derrotero. Y en efecto, se extravió, porque la corriente creció y siguió su curso impetuoso, arrastrando al que no queria seguirla y siendo tanto mas imposible tenerla cuanto que ya se manifestaba tambien otra análoga al otro lado de los Alpes.

La república helvética, por resultado de la impotencia de la confederacion y de las autoridades cantonales, habia lle-

gado á una situacion en la cual cada partido, cuando se creia bastante fuerte, queria imponerse á los demás y apoderarse del mando, aunque fuese echando mano á las armas. Esto sucedia en la época de que se trata, siendo el partido batallador esta vez el conservador, unido fraternalmente con los ultramontanos en los cantones católicos y con los ortodoxos protestantes en los reformistas. Cuando este partido conservador se hubo repuesto de su última derrota, se propuso derribar al partido contrario, aprovechando la agitacion pro-



Carlos Alberto, rey de Cerdeña. — Copia del retrato pintado por Marghinoti di Camora

vocada en el canton ortodoxo de Zurich con motivo de haber llamado el gobierno cantonal á su universidad al doctor David Strauss, autor de la *Vida de Jesus*, que habia perdido su cátedra en la universidad de Tubinga. Con este motivo los conservadores organizaron la insurreccion del 6 de setiembre de 1839, ante la cual se disolvió el gobierno radical, y el resultado fué la separacion de Zurich del convenio con los siete cantones. En Lucerna ganó el mismo partido la direccion del canton pacíficamente en las elecciones del año 1841, pero no en Argovia, donde derrotado en las elecciones echó mano á las armas auxiliado por sus hermanos de Lucerna. Derrotado tambien, la intentona sirvió de pretexto al gobierno para suprimir y confiscar ocho conventos ricos del canton, por haber servido á los insurrectos de cuartel

general y arsenal. El partido católico vió en este acto una violacion de la constitucion federal y llevó el asunto al parlamento, que despues de debates violentos decidió en 31 de agosto de 1843, que el gobierno cantonal restableceria solamente los conventos de monjas, conforme se hizo. Tambien fomentó el canton de Lucerna la revolucion en el de Vaud en favor de los jesuitas, que desde poco tiempo antes se habian establecido en él, y tanto abusaron estos de su victoria que exasperaron á los liberales, á cuyas filas se pasaron entonces hasta los protestantes ortodoxos y reaccionarios. A despecho de todas las observaciones de las personas prudentes, el consejo cantonal de Lucerna, á instigacion del opulento labrador Leu, eligió aquellos dias criticos para llamar á los jesuitas, á fin de encargarles del instituto teológico, del

seminario del canton y de la escuela parroquial de Lucerna. Entonces determinaron los liberales del mismo canton y sus amigos oponerse por la fuerza á esta innovacion y reunieron un cuerpo armado en Argovia; pero el gobierno de Lucerna estaba preparado y rechazó la invasion, y lo mismo sucedió con una segunda tentativa dirigida, en 30 de marzo de 1845, por el coronel bernés Ochsenbein, que fué derrotado completamente; 104 liberales murieron en la refriega y los de Lucerna hicieron 1,700 prisioneros. Entonces empezó en Lucerna un régimen de terror; el jefe de los liberales, doctor Steiger, fué sentenciado á muerte, y á duras penas consiguió evadirse del calabozo. En cambio murió asesinado por mano oculta el fanático labrador Leu, cuya muerte se atribuyó á los liberales. En el mes de setiembre del mismo año formaron una liga especial los siete cantones católicos, Uri, Schwitz, Unterwald, Lucerna, Zug, Friburgo y Vaud, liga en la apariencia defensiva pero en realidad tambien ofensiva. Los liberales, en vista de esto, trabajaron desde entonces con teson para ganar á su partido la mayor parte de los demás cantones, hasta tener mayoría en el parlamento federal, como la obtuvieron en efecto en 1847. Aquel año tocaba el turno de reunion de la legislatura á Berna, ciudad liberal y cuyo alcalde era á la sazón cabalmente el mismo Ochsenbein que habia mandado la desgraciada invasion en el canton católico de Lucerna. Ochsenbein, segun la costumbre tradicional, presidió el parlamento general helvético, el cual decretó, en 20 de julio de 1847, la disolucion del *Sonderbund*, ó sea de la alianza particular de los siete cantones católicos, y en 3 de setiembre del mismo año la expulsion de los jesuitas de toda la Suiza.

Estos sucesos, no obstante ser puramente locales, tuvieron una importancia europea, lo mismo que los de Italia; de suerte que todas las potencias los seguian con el mayor interés. Las absolutistas, por supuesto, estaban á favor de los cantones católicos y de los jesuitas, no porque estos les mereciesen simpatías sino porque luchaban contra el partido liberal y las tendencias modernas, que á resultar vencedoras harian de la Suiza, asilo ya de todos los revolucionarios, un peligro permanente y terrible para los soberanos absolutos. Metternich, además, seguia el principio general de que atendida la debilidad orgánica del Austria, convenia que todos sus vecinos fuesen débiles y estuviesen divididos, como lo habia conseguido siempre con Italia, Alemania y la misma Suiza. Para el caso desgraciado de que venciera el partido liberal y cercenara la soberanía de los cantones á favor del poder central, habia decidido intimidar á la república con notas amenazadoras de las grandes potencias, las cuales, de no ser atendidas sus advertencias, retirasen sus embajadores, y en un caso extremo interviniesen con las armas, si posible fuera en combinacion con los Estados alemanes limítrofes, la Baviera, el Wurtemberg y Baden. El rey de Prusia estaba de acuerdo con Metternich en su odio al radicalismo liberal (1). Sin embargo, mas valiosa que la de Federico Guillermo IV fué para Metternich la cooperacion del gobierno francés.

En Roma era embajador de Luis Felipe el conde de Rossi, italiano de nacimiento, y como hombre político, liberal de los llamados doctrinarios, consejero fiel del papa elegido como

contrario al Austria. Por tanto, los liberales de toda Italia tenian puestas sus esperanzas en la Francia. Sin embargo, las bodas de las princesas españolas hicieron el milagro de que las dos potencias que en la misma escena, por espacio de siglos, habian procedido como rivales, se tendieran mutuamente la mano é hicieran amistosa alianza. Cuando Metternich hizo sondear el terreno en Paris, enero de 1847, buscando un medio de ponerse de acuerdo respecto de la política que convenia seguir en Italia, encontró la mejor acogida en las Tullerías, y Luis Felipe y su ministro Guizot dieron orden á Rossi de impedir todo acto del papa «que pudiese desagradar al gobierno austriaco.» Entre tanto, la Francia continuaba haciendo el papel de protectora del liberalismo. Ya en 7 de agosto de 1846 habia declarado Guizot en la cámara que era deber de la Francia coadyuvar á la tendencia reformadora del gobierno de Roma; el rey envió al papa el armamento para la guardia nacional de Roma, y ordenó á su hijo, el almirante príncipe de Joinville, que se acercase de cuando en cuando con su escuadra á las costas de los Estados de la Iglesia; pero secretamente, el rey y su ministro seguian una política diametralmente opuesta. En el mes de marzo de 1846 el gobierno francés habia pactado con el de Austria ocultamente que esta potencia permaneceria neutral en el asunto de los casamientos españoles y que, en cambio, el gobierno francés seguiria en Suiza la política austriaca y la dejaria libre, aun en caso de intervencion armada, comprometiéndose, además, á influir con el papa y el rey de Cerdeña para hacerles renunciar á toda nueva reforma. Mientras en Suiza luchaban los liberales contra los conservadores, convinieron Luis Felipe y su ministro en evitar toda intervencion armada, para no alborotar á los liberales franceses y dar nuevas armas á la oposicion parlamentaria, prefiriendo el rey «que los suizos se devoraran entre sí;» pero luego cambiaron de idea y propusieron al gobierno de Viena que enviase tropas á Suiza, prometiendo que en seguida entrarían fuerzas francesas con el pretexto de proteger la independencia suiza, como se habia hecho en Ancona, pero en realidad para obrar de comun acuerdo con las fuerzas austriacas. Metternich no se fió, y rechazó el plan; pero se convino en que la Francia apoyaria moral y materialmente, de todas maneras, menos con la intervencion armada, á los cantones católicos aliados entre sí. Bois-le-Comte, ultramontano fanático, fué enviado como embajador francés cerca del gobierno federal de Berna, donde en perfecta inteligencia con su colega austriaco, no omitió nada de cuanto podia robustecer y envalentonar al *Sonderbund*, de cuya victoria nadie en el campo retrógrado dudaba, no obstante algunas pérdidas sensibles, como la confiscacion de 3,000 fusiles austriacos en la frontera por las autoridades suizas, y de otra remesa de igual número hecha por el gobierno francés y apresada en el lago de Neuchâtel. Mejor suerte tuvo la remesa de 2,000 fusiles hecha por el gobierno de Turin, y que llegó á su destino. El católico rey Carlos Alberto sentia no poder hacer mas, segun dijo al enviado de los cantones católicos aliados, Meyer, y este refiere en sus *Memorias* (2), añadiendo: «Si yo fuese potencia de primer orden, pondria todo mi ejército á disposicion de usted, pero como potencia de segundo orden tengo que seguir el ejemplo de las primeras.»

En el Tirol, cerca de la frontera suiza, el gobierno austriaco reunió una division de 5,000 hombres, con el objeto de intimidar á la república, cosa que no consiguió, ni tampoco la nota colectiva amenazadora que enviaron las cuatro potencias continentales, invocando muy inocentemente el res-

(1) En la correspondencia de Federico Guillermo IV con Bunsen, publicada por Ranke en 1873, dice el rey en su carta del 4 de diciembre de 1847: «En la Suiza no se trata para nosotros, para las grandes potencias, de quién tiene razon ó no, ni de los jesuitas ó protestantes, ni de si la constitucion del año 1815 corre peligro ó es mal interpretada por este ó aquel partido, ni tampoco de evitar una guerra civil, sino únicamente de la peste del radicalismo, es decir, de una secta que se ha separado completamente de toda ley divina y humana; y de si esta secta alcanzará por medio del asesinato, de la sangre y de las lágrimas el poder en Suiza, y pondrá de esta manera en combustion á toda la Europa.»

(2) B. Meyer, *Sucesos de mi vida*, tomo I, pág. 129.